

## LA SEMANA



Dice el refrán, que "tras de la tempestad viene la calma," y eso ha ocurrido en esta capital en los últimos días.

Y razón era, porque, miren ustedes que ha soplado el viento y ha llovido... agua.

Prueba de ello, el estado de nuestras calles. Unas están convertidas en pantanos; otras están de barro, que *peor es menallo*.

Y eso es lo que pensará seguramente nuestro Alcalde, cuando no ha dispuesto que la brigada de limpieza (?) entre en activo servicio.

Pero ¿quien es el barbian que incomoda á esos pobres viejos?

Ante todo, respeto á la ancianidad.

Aunque nos llegue el barro á las narices.



Ya se acerca el Carnaval, con sus alegrías y sus desengaños.

¡Noticia fresca!—dirán ustedes.

Pero de algo he de hablarles.

¡Carnaval! Época de locuras y de ilusiones, de vino y puñaladas... cuando las hay.

Ya me parece estar viendo el Paseo del Príncipe lleno de mamarrachos.

Sobre todo, de esos gitanos que tanta gracia derrochan, y tan buena sombra tienen... cuando hace sol.

Pues ¿y las comparsas?

Hay algunas que merecen cuatro tiros y me quedo corto.

Otras, en cambio, merecen veinte.

Y despues, al calabozo.

No faltará seguramente quien venga este año con la consabida tonada de "el Carnaval ha muerto."

¡Y tan muerto!

Como que ya apesta.



Estuvieron ustedes el domingo en la plaza de San Antón?

¡Qué de pláticas y cuanto rabo!

El célebre *Cuquí*, héroe de la fiesta, hizo el gran agosto, en beneficio del santo.

Y los vendedores de *torraos* echaron fuera sus existencias autidiluvianas.

¡Y pensar que sirvieron para que los niños jacarandosos obsequiaran á las muchachas del barriol!

Por cierto que lo que es hermosas, lo son.

Se vé allí cada cara y cada cuerpo...

¡Pobre San Antonio! Ni en las cercanías de tu humilde iglesia te abandonan las tentaciones!

Lo que es si yo soy el santo, me condeno.

¡Vaya si me condeno!

Vasco de Gama.

## LOS DOS BESOS

### I.

La amaba con embeleso, me acuerdo; era casi un niño, y hube de pedirle un beso

una tarde; en el exceso de mi juvenil cariño.

Ante idea tan liviana se puso como el cora; rogué; cerró la ventana; lloré; la llamé inhumana; y acercándose al cristal, pudorosa al par que aleve, no hallando á esquivarlo medio, á darme un beso se atreve y me dá un beso de nieve con el cristal de por medio.

¡Qué estúpida sensación! Qué beso aquél tan glacial! ¡No llegó hasta el corazón! ¡Fué insípida, en conclusión el beso de lo ideal!

### II.

Con el recuerdo reciente de aquel hecho tan extraño, y en ocasión diferente, pedile otro beso ardiente, en guardia contra su engaño.

Remisa, al fin accedió, fiada en la fragil valla; tras el cristal se amparó y el beso darne intentó con el cristal por muralla; mas con impulsos violentos, ciego de amor y de enojos, rompí el cristal en fragmentos y la di besos á cientos heridos mis labios rojos.

Volvi en mi sér al dolor que me produjo el cristal clavándose en mi traidor, y encontré que era peor el beso de lo real.

Antonio Tadesma.

## FRUTA DEL TIEMPO

(Diálogos rapidísimos.)

### I.

—Ya siempre lo mismo: hecha una facha. Ha dado en esa manía de los encajes crudos, y es ella muy cursi para esas filigranas.

—Pero, hija, á mi me extraña la seriedad con que tomáis ciertas cosas: ni con encajes crudos, ni con adornos cocidos podría resultar elegante quien no ha tenido nunca más que mucho dinero que gastar, pero que en cuanto á gusto, ha sido una mendiga, una pordiosera. Mira tú que mamá sabe unas cosas... ya antiguas, ¿sabes? ¡pero unas cosas! vamos, que es preciso tener tanta vergüenza, como ella tiene gusto, para atreverse á contarlas.

—Pues con todo, ya sabes, se casa, y se casa muy pronto: Pepa dijo en casa hace seis días que no tardaba ni dos meses. Ya ves, qué suerte de mujer, tan fea, tan desgarrada, y sobre todo tan antipática. Porque Luis, es decir, á mi me carga mucho, pero... ¿verdad que es un muchacho muy guapo y muy listo y muy simpático... hija y muy fino, sin aquellas maneras, ni aquellas arrogancia estúpidas de ella.

—Phse, no es malo; no sabe montar á caballo, bien lo sabes, pero ¡no es ma-

lo. Ya sabes también que estudia mucho según dicen, y eso, la verdad, es para aburrir á cualquier mujer que no abuse tanto de los encajes crudos. Tiene gracia, encajes crudos y ciencia infusa ¡que bonita ensalada! ¿Eh? Mira, para ella: con toda su ciencia y su guapura y su elegancia me parece muy antipático ¿sabes?

—(Si, claro: el año pasado el mejor partido de la provincia: este año ya la es antipático. Consecuencia ante todo.)

—Y en fin que no será por el noviazgo de ahora: yo bien sabes que lo he dicho siempre: el tal Luis me ha parecido un sábio que vive en el quinto cielo, sin saber lo que se pesca: y mira... los sábios para las academias: para mujeres, hombres.

### II.

—¿Pero es cierto? Pues no sabía una palabra: con que esa paleta se casa con ese hombre, con Luis, sí, mujer, con el hijo de Paco Aiz. Bien merecido se lo tiene él, por tonto. Vengo observando que esos hombres que saben tanto, al llegar un momento crítico de la vida, se meten en el bolsillo todas sus ciencias y... ¡pum! Barbaridad sobre barbaridad, hasta aparecer á los ojos de todo el mundo como un ganapan, de lo último. Hija... ¡Que hombres!

—Pero si habláis sin saber lo que decís: Luis Aiz no tiene maldita la culpa de esos enredos: él es un infeliz que no se ocupa de semejante cosas. Ahí, el lazo, pues ya lo sabéis, es de Paca, sí, hombre, de esa indecente, de la madre de Juana que ha visto en él un millón más que unir á los millones de su hija... y nada más; pero que inocencias tenéis: hijas, me dá vergüenza pensar que sois de mi época. Paca y nadie más que Paca.

—Pero si á mi lo que me parece asombroso, lo que me avergüenza y me deja estupefacta, como dijo Espronceda, es la serenidad con que esas madres hacen esos papeles; esos papeles, indignos de quien se agita en los círculos cada vez más *chic* de la mesocracia moderna. Aseguraba Ticknor, poeta lusitano y novelista insigne...

—(Ya has oído: ¡Pobre Ticknor!)

—Mira, hija, déjate tú de *erudiciones* y sabiduría: que tú como yo y como estas tenemos vergüenza, á Dios gracias, para rebajarnos de ese modo, ni por nuestras hijas, ni por el Verbo Encarnado que habitó entre los hombres, como dice D. Tadeo. Y nada más.

—Eso, eso.

—Eso, sí, eso es.

—Por ahí vas segura. Acertaste.

### III.

—¿Tú has oído, Miguel?

—Las he oído, las he oído.

—¿Sabes quienes son?

—Lo sé, hijo, lo sé.

—¿Y te acuerdas...?

—Me acuerdo de todo, de todo: por desgracia tengo buena memoria. De todo, de todo me acuerdo.

David Estévan.

ENERO, 95.